Sexto Domingo de Pascua - Ciclo A

San Alberto Hurtado, S.J.

El deber de amar. El amor al prójimo.

Hay palabras que a fuerza del mal uso han llegado a vaciarse de su sentido primitivo, a perder su fuerza: una de ellas es la palabra amor. ¡Qué maltrecha! Tan pronto se pronuncia parece evocar alguna actitud sentimental, dudosa con frecuencia... Y, sin embargo, la palabra amor es la más bella palabra que se ha pronunciado jamás: con ella define San Juan a Dios: *"Dios es amor"* (1Jn 4,8), o como decía un poeta. Y hasta en su fondo mejor, la religión es amor, que trasciende a lo divino. Dios es amor... la Trinidad tiene como explicación el conocimiento y el amor: el Padre conoce al Hijo y da lugar al Espíritu Santo, por amor... La creación del mundo, por amor; coloca al hombre sobre la tierra, por amor; le da la gracia, por amor; cuando la pierde, envía mensajeros de su amor, los profetas; y en la plenitud de los tiempos, así *amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito* (Jn 3,16). Me amó a mí, también a mí, y se entregó a sí mismo por mí (cf. Gal 2,20). Y las finuras de ese amor de Dios, no las ponderamos porque ellas llenarían toda una serie de conferencias, y no es ese el tema de éstas. Y cuando el Maestro estaba a punto de abandonar este mundo, el mandamiento importante que nos recuerda es el del amor (cf. Jn 13,34).

Un fariseo, doctor de la ley, pregunta: ¿Cuál es el mandamiento grande? y Jesús le dijo: Amarás al Señor Dios tuyo... este es el primer; y el segundo semejante, amarás al prójimo (cf. Mt 22,36-40).

Comencemos esta conferencia por el amor al prójimo. En la última Cena: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis... Que sean consumados en la unidad; que sean uno, como Tú y Yo somos uno (cf. Jn 13,34; 17,22).

En realidad los dos mandamientos, amor a Dios y al prójimo, no son dos, sino uno: amar a Dios en el prójimo. Si me amas, apacienta mis ovejas...(cf. Jn 21,15-17). En ambos se nos manda amar a Dios en sí mismo o en el prójimo. Y he aquí por qué la caridad del prójimo

es virtud teologal: porque tiene a Dios por término. A menudo nos quejamos que Dios está lejos: ¡está tan cerca! En nuestros prójimos. El título de la obra de Plus: Cristo en nuestros prójimos.

Cristo vive en nosotros, el dogma del Cuerpo Místico. Estamos incorporados, injertados en Él: somos Él. De ahí la escena del juicio final. Seremos juzgados en nuestras relaciones con Dios, según la medida de nuestra actitud con el prójimo (cf. Mt 25,31-46).

De ahí San Ignacio: considera a Cristo en nuestros prójimos; considéralos como a superiores, cédeles el paso. San Bernardo: *"En vuestras relaciones con el prójimo quitad los ojos del hombre exterior con su envoltura de barro y no paréis sino en el hombre interior, creado a imagen de Dios, rescatado con la sangre de Cristo, templo del Espíritu Santo, mansión de Cristo, destinado a la eterna bienaventuranza"*.

Este amor ha de ser universal a todos, pero de predilección para con los desgraciados*. Lo que hacéis al menor de los míos, a mí me lo hacéis* (cf. Mt 25,39).

Las almas llenas de fe darán muestras de esta predilección en el transcurso de los siglos: Santa Fabiola llevaba sobre sus hombros a los desgraciados, lavaba sus llagas purulentas, pues sabía que en las llagas de los pobres curaba al Salvador. San Martín, Santa Isabel de Hungría, San Pedro Claver, el Padre Damián de Veuster, San Francisco de Asís; doña Blanca Errázuriz de S.; Bernières, seglar, gran cristiano, obligado a meterse en cama y no pudiendo ir a Misa, mandó que le trajeran a un hombre para tener una presencia más sensible de Cristo (Pascal).

Aprecio estas maravillas. ¡Cada cristiano es otro Cristo! Cristo se ha multiplicado no sólo por la Eucaristía, sino también por nuestro bautismo. Cristo vive en nuestros prójimos. Estos bautizados entre quienes vivo, ¿son para mí, mis hermanos? ¿Los amo en Dios?

Este es el mandamiento nuevo del cristianismo, tan nuevo que para darse cuenta hay que ver lo que era el hombre para el pagano: 'el hombre lobo para el hombre'. Se le exponía; un dios bárbaro lo reclamaba para la hoguera... Jamás se había intentado considerar al hombre como partícipe de la divinidad. Vino Cristo: el prójimo, soy yo... aprended a verme por la fe: en acto o en potencia, allí estoy yo. San Pablo con Onésimo, esclavo: *"Preso por Jesucristo, te pido por mi*

hijo a quien engendré en las cadenas, por Onésimo; te lo envío a él que es mis propias entrañas; y era esclavo; recíbelo como hermano muy amado".

Petronio, en Quo vadis?, dice: *"No sé cómo se las componen los cristianos para vivir. Pero cesa entre ellos las diferencias entre ricos y pobres, entre amos y esclavos, entre vencedores y vencidos y no queda más que Cristo y una misericordia desconocida para nosotros y una bondad distinta a nuestros instintos romanos"*.

Un obrero en Marsella, al ver a un Padre: ¡Te aborrezco! Responde: Si tú supieras cuánto te amo yo.

(***San Alberto Hurtado, S.J.****, La Búsqueda de Dios, pp. 198-200, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 2005*)